

VINO BRISADO



Ella llegó con unas botellas de vino brisado entre las manos. El cristal reflejaba un color ámbar intenso, como si hubiera atrapado un atardecer entero en su interior. Las dejó sobre la mesa y sonrió. Él no sabía mucho de vinos, pero sí de momentos. Y algo le decía que aquella noche iba a quedarse en la memoria.

Sirvió dos copas. El aroma llenó el espacio antes que las palabras. Había frutas maduras, notas cálidas y una profundidad difícil de describir. Hablaron de viajes, de sueños aplazados y de esas decisiones que uno sigue cuestionando años después. Mientras la conversación avanzaba, el vino parecía hacer lo suyo. No los volvía más valientes, los volvía más sinceros.

Afuera la noche seguía creciendo. Adentro, el color anaranjado de las copas parecía iluminar la mesa por sí solo. Ella giraba lentamente el vino entre sus dedos mientras lo escuchaba hablar. Él pensaba que el vino brisado tenía algo parecido a ella: una dulzura que aparecía despacio y una intensidad que permanecía mucho después.

Las horas pasaron sin que ninguno lo notara. Las risas comenzaron a mezclarse con silencios cómodos y las miradas se quedaban suspendidas un instante más de lo normal. Había algo en el ambiente que ya no cabía dentro de las palabras. La noche estaba acercándolos poco a poco, sin prisa, igual que el vino liberaba sus aromas lentamente.

Cuando primera la botella quedó vacía, ella fue a la cocina por otra. Él se quedó un momento en la mesa, observando las copas vacías y sonriendo para sí mismo. Poco después fue tras ella. La encontró buscando un sacacorchos, ambos intercambiaron una mirada. la besó apasionadamente mientras ponía una mano en su trasero, y ella correspondió al beso con una sonrisa, subió su vestido, él se dio cuenta que ella no tenía interiores. Se puso de rodillas y ella paso una pierna por sus hombros, el, la lamio.